

CAPITULO CUARTO

EN QUE SE REFIERE LA MONARQUÍA DE LOS INGAS DEL PERÚ Y LA DESCRIPCIÓN DE LA LAGUNA DE TARAPAYA

SABIDA cosa es que los Indios en todo este nuevo mundo carecían de letras como al presente, pues son pocos los que logran tamaño bien, no porque en ellos falte la capacidad de aprenderlas, sino porque no se ponen a ello; y comúnmente los de este Peruano Reino son de muy rara habilidad, pues se experimenta (con grande sentimiento de los Españoles) el que los Indios se hayan alzado con el ejercicio de todos los oficios, no sólo los mecánicos, mas también los de arte, causando no poca admiración ver formar uno de estos naturales un retablo, una portada, una torre y todo un edificio perfecto, sin tener conocimiento de la Geometría ni Aritmética; y, lo que es más, sin saber leer ni escribir forman guarismos, caracteres y labores como también hermosas figuras con el pñco y el pñcel, solamente con ver el dibujo; y como se ha experimentado su buena capacidad y aplicación han alcanzado una Real Cédula para que los hijos de los Caciques y Gobernadores y los demás nobles Indios puedan (estudiando facultades y teología) ser ordenados hasta de Presbíteros, la cual Cédula les remitió Nuestro Rey y señor Don Carlos 2º, de gloriosa memoria.

Y volviendo a que los Indios siempre carecieron de letras, es de notar que la naturaleza les enseñó el modo de suplir ésta y

la falta de guarismos con aquellos nudos que los Quipocamayos del Cuzco (que eran los sabios Maestros y como Coronistas de sus Reyes) ataban en unos cordeles de lana, que llamaban **caytos**, como también los llaman hoy; y asimismo usan el contar en sus nudos no sólo los años, meses y día, mas con más certidumbre la moneda, el debe y ha de haber en los tratos que tienen con los Españoles: en estos **caytos**, pues, que eran de varios colores y significaban las cosas sucedidas, y los tiempos los nudos, en los cuales contaban los años, por lo que igualada después con la que los Españoles hicieron se reconoció que la Monarquía de los Ingas tuvo principio (aunque dudoso) por los años antes del Nacimiento del Señor; porque aunque sus Naturales habitaron estas Regiones desde muchos siglos antes en este, Reino llamado Perú, no tenían Reyes ni señores tan poderosos que los avasallasen; sólo tenían sus Caciques a quienes hermanablemente obedecían cuando tenían guerras. 250 años antes del Nacimiento de Cristo crearon Rey del modo que cuenta Garcilaso de la Vega y otros muchos autores, donde remito al curioso para que se inteligencie del origen, vida, costumbres y suma riqueza de estos Monarcas.

El primer Rey del Perú se llamo Manco Cápac, que en Castellano se interpreta el poderoso de corazón y de espíritu valiente; como lo fue, pues sujetó con sus armas diez provincias con sólo pérdida de 300 soldados, muriendo de los contrarios más de 20.000; sacó de esta guerra 1.000 libras de oro y 30.000 de plata, y en agradecimiento de la victoria hizo una gran fiesta al sol que duró ochenta días, según se reconoció en los **Caytos** de los Quipos, después que sus nudos y colores lo dieron a entender a los Españoles.

El segundo se llamó Sinchi Roca, que quiere decir el Valiente Anciano; porque siempre se servía de hombres viejos en la guerra y en la paz; en su tiempo nació Cristo nuestro Señor.

El tercero, que fue hijo de aquél, se llamó Yoqui Yupanqui, que se interpreta cuenta al zurdo; éralo este Rey, y con tanta destreza despedía con el siniestro brazo una piedra con la honda, que no erraba tiro; tenía gran fortaleza en aquel brazo, pues en la guerra despedazaba a los hombres con un terrible bastón de diez y seis palmos en largo y dos de grueso; asimismo este poderoso Rey en la guerra contaba su gente con aquel brazo, y todas las demás acciones fuera de la guerra las hacía con el derecho.

El cuarto Rey se llamó Maitac Cápac, que se interpreta donde está el rico y poderoso. Este fue el que extendió su Reino con las armas, pues formando un lucido y numeroso ejército salió del Cuzco (corte de estos Monarcas), y llegando a la Provincia de los Charleas, distante 200 leguas, le puso bajo de su dominio a costa de mucha sangre que se derramó de entrambas partes, porque los Caciques la defendieron hasta los últimos aljentos; llegó a las Comarcas de Potosí, y apoderándose de todas sus poblaciones, se halló con numeroso y triunfante ejército en el medio Valle de Tarapayá, vocablo corrupto, pues lo llamaron los Indios **Ccarapaya**, que se interpreta vieja desnuda, distante tres leguas de esta Villa. En éste, pues, y encima de un Cerro donde hace un espacioso descanso, se encontró este invencible Monarca con un pequeño lago de agua caliente de cuya mitad salía a borbollones un grueso penacho; rodeólo contemplando su admirable sitio sondeando su profundidad, disfrutando el agradable temple de sus aguas, gozoso de haberse encontrado con aquella graciosa obra para echar el resto a su poder. Trató de perfeccionarla mandando a sus gentes abrir un dilatado espacio alrededor del manantial y, a lo que yo creo, terraplenaron una grande encañada hasta igualar con la peña superior. Cosa admirable el poder de aquellos indios; pero la multitud y la sujeción con la presencia de su Rey lo facilitó todo; pues en breve tiempo se formó una laguna redonda como una sortija, cuya círculo que vi tiene 400 pasos, esto es, por el borde de ella; porque según se deja entender y muchos entrando a nado y reconociendo por todas partes el círculo de la parte interior han hallado ser su fondo de la forma de un embudo, aunque los poyos que están dentro hasta donde hay pie por unas partes son mayores y por otras menores; pero todo el círculo va disminuyendo hasta su pie. En lo alto de esta laguna están dos compuertas para entrar a ella con tan buena disposición que parecen las piedras de este anillo; por las partes de las compuertas tiene la laguna como cuatro varas de pies; y de allí adelante no lo tiene, porque comienza luego su profundidad, y desde el borde hasta el pie tendrá de agua poco menos de un estado; puédesse seguramente caminar por dentro del agua de una compuerta ahora el espacio de diez varas, y para las mujeres y demás gentes temerosas que no quieran entrar a la laguna son a propósito los dos cuartos de la compuerta, porque tiene unos cajones bien capaces para poderse bañar sin riesgos. Cada compuerta tiene su puertecilla que bajándola, digo levantándola, se entra a la laguna caminando por el agua; también por lo alto de la laguna, distante de la com-

puerta 50 varas, está su desagüe, que sale de remanente una considerable porción, con que siempre está limpia la laguna; pudiera desaguarse toda ola mayor parte de ella dando un socavón al pie del Cerro donde está fundada, pero costaría muchos pesos. Es tanta su profundidad que por falta de experiencia aún hasta hoy conforman en que no se le ha hallado pie, mas no ha faltado la curiosidad para sondearla. En cierta ocasión D. Miguel Tellería, caballero del orden de Santiago, y otros dos vascongados, buenos nadadores, puestos en la mitad de la laguna descolgaron un peso de plomo; y habiendo entrado hasta ochenta varas, se les acabó el cordel y el peso iba pidiendo más; y otros antes y después dicen haber hecho la misma diligencia y la han hallado de más de cincuenta estados de profundidad. El temple de estas salutíferas aguas por la parte que tiene pie es poco más que tibio y en la que llaman gorgoritos está más cálida; las orillas de esta famosa laguna cercó naturaleza de unas coposas matas que los Españoles llaman cortaderas; y aunque son estas matas de poco deleite a la vista, con todo eso se la da muy hermosa a la laguna, pues todo lo que obra naturaleza es agradable. Perdonárame el que se estrecha a leyes de general y larga historia si me dilato algo en decir las comarcas y singularidades de mi amada Patria: legítima disculpa, si bien en todo este libro hago el oficio de historiador de ella escribiendo los sucesos prósperos y adversos, grandezas y menoscabos; que el singularizarme más cuando con algún elogio la engrandezco es obligación de naturaleza más que amor de crianza, y cayera en la ignominia de maldito que dijo Eurípides: Si no fueras péximo no alabaras la región en que vives menospreciando la ciudad en que naces, y a mi juicio (añade Eurípides) mucho yerra el que se olvida de todas las comarcas de su tierra y Patria y alaba a la ajena, gozoso de singularizar extranjerías costumbres. Diré lo que dice el mismo Eurípides en otro libro: Tú, pero, oh tierra mía, oh Patria de mis Padres, vale. Estéis enhorabuena, que al varón prudente, aunque la Patria le trate como a extraño, no hay más suave que acordarse que lo ha engendrado; y por esto no dejaré de obrar según el consejo de Teógenes, poeta megarense, que dijo: Alabaré a mi Patria, ciudad hermosa y país lustroso, ni dejando de referir lo excelente ni dejando de vituperar lo malo.

Acabóse de poner en la forma que tengo referida, la obra de esta famosa laguna por mandato del poderoso Rey Maitac Cápac (mejor fábrica que los Baños que los Emperadores hicieron en Roma), según la cuenta de los Indios Quipomayos que

tenían cuidado de numerar los años, el de 1256 del Nacimiento de Cristo nuestro Señor, según refieren Pedro Méndez, don Antonio de Acosta con otros autores, aunque Juan Bartolomé Dueñas y don Juan Pasquier le quieren quitar la antigüedad diciendo haberla obrado el Rey Atahualpa, decimotercio del Perú, que fue el que hallaron reinando cuando entraron los españoles a este Reino, lo cual es siniestro, porque, como afirman Méndez y Acosta, diciendo ser tradición que hasta sus tiempos corría de padres a hijos, heredado en los indios, vino el Rey Atahualpa a esta provincia de Porco era de solos diez y ocho años de edad y aún no había usurpado el Reino a su mayor hermano y legítimo heredero o Cusi Guáscar, el cual también estuvo en esta provincia y se bañó en esta laguna; esto fue seis años antes que Atahualpa la viese, y así es contra toda razón decir que este Rey tirano la obró. Lo cierto es que 267 años antes del dicho Rey Atahualpa ya estaba en la misma forma que lo está ahora: si bien cuando estuvo este usurpador en Ccarapaya, ahora Tarapaya, le hicieron los Indios como a hijo de su Inca una casería de piedra curiosamente labrada para hospedarlo, que hasta hoy se ven sus ruinas en el paraje de Santa Catalina, distante de la laguna poco más de media legua.

Cerca del desagüe que sale de remaniente de esta famosa laguna está una gran piedra cubierta de aquellas cortaderas de que está cercada la laguna, la cual es llamada la piedra de Don Rafael por lo que en su lugar diré, con otros lastimosos casos que en esta laguna han sucedido. No se sabe por qué causa quedó esta piedra dentro del agua, que sin duda parece está puesta sobre la misma peña donde se halla pje; y aunque algunos presumen haberse desgajado de la orilla, no me parece lleva camino cierto, pues no faltará a la curiosidad y diligencia de los hombres el sacarla o volverla a su lugar, pues está tan cerca de la orilla que aún no llega a faltar dos varas; lo que más a razón se puede entender es que esta piedra por su grandeza se quedó allí desde que se fabricó la laguna, sirviendo de Isleta entre sus aguas, a tiro de escopeta por detrás de las casas o Mesón donde se hospedan los que van a bañarse, que acá llamamos Tambo; está otra fuente de agua muy caliente adonde se pudiera fabricar otra laguna si la curiosidad española no estuviese tan metida de querer más (y) más recoger dinero para su bolsa, que gastarlo en cercar las aguas; ellas corren de esta fuente y van a unos baños que con diferentes casas fabricó la industria humana para su recreo; pero ¿cómo pudiera fabricar otra laguna si la que los Indios fabricaron en tiempo de su pros-

peridad, en estos calamitosos tiempos ha habido españoles (que) han intentado desaguarla por socavones, por la disparatada noticia de que los antiguos Indios echaron en ella sus tesoros? Y asimismo que dicen estar allí el de Francisco de la Rocha, Alcalde Provincial y poderoso mercader de plata, cuyo fin, que también fue trágico, contará en su lugar. Tuvo este Caballero sobre siete millones de caudal, solamente en dinero, y quieren que éstos los echase en la laguna, no llevando en esto ni asomo de evidencia los que tal presumen; por esta causa llenos de codicia algunos Españoles han cavado en varias partes de las casas de este Caballero que están en el paraje dicho de aquella fuente que está detrás del tambo o mesón.

Esta es la memorable Laguna de Tarapayá que existe en el Valle de este mismo nombre. Si para el recreo de los vecinos y demás moradores de Potosí, también para el de sus lástimas y fatalidades, dio más de ser llorado con lágrimas del corazón, pues son muchísimos los que en ella se han ahogado, sucediendo muchas veces cogeros la muerte en la misma ocasión de torpeza, con que quizás de aquellas aguas han pasado a los eternos fuegos como se verá en algunos casos que (se) refiere adelante; y cuando no sea con esta circunstancia, ¿qué se puede esperar de quien no pensando que se ha de morir se arroja temerariamente y perece sin confesión? Los más que en esta laguna se han ahogado han sido forasteros, porque ignorantes de su profundidad, y de no saber hasta dónde hay pie, perdiéndolo, en un momento se hunden y van al fondo adonde a las veinte y cuatro horas con lástima y asombro de cuantos lo ven, comenzando un remolino entre las olas los arroja el agua cocidos y con horrible monstruosidad, sin que aquellos cuerpos se puedan coger con las manos, porque en ellos se pegan pedazos de tan cocidas carnes; y con haber este riesgo, como es el mayor de los recreos de los moradores de Potosí y pasajeros, no se pasa día sin que estén inquietando sus aguas así hombres como mujeres, donde se han gastado millones de plata en varios festejos.

Cuando la primera vez fui a esta laguna en compañía de Don Juan de Solís y Ulloa y de gran parte de su dilatada familia, luego que la vi concebí en mi ánimo mucho temor y deliberé no entrar en ella; pero habiéndome persuadido D. Juan a que entrase y gozase de la benignidad de sus aguas, lo puse en efecto siguiendo sus pasos hasta donde había pie. Serían, pues, las seis de la mañana cuando habiendo entrado por la otra compuerta un mozo natural de la villa de Tarija, que había ido con otras

mujeres, tía y primas suyas, habiéndole prevenido todos que no se alejase de las compuertas más de hasta donde había pie, que se lo señalaron, impelido del hervor de su poca edad se adelantó hasta perderlo, que luego que lo sintió comenzó con gran fatiga a manotear el agua. D. Juan Solís que se hallaba cerca descansando de haber andado gran parte de la laguna a nado, volvió el rostro adonde estaba el mozo, cuando con ansias mortales, hallándose perdido, con voz descaecida invocó el Santo Nombre de Jesús primera y segunda vez; al punto que lo oyó D. Juan dio voces diciendo que se ahogaba aquel mozo, y aunque pudiera socorrerlo lo tuvo por temeridad, porque al momento se hundió y luego tornó a salir manoteando segunda vez; el agua un que imposibilitó el socorro, pues si lo hiciera D. Juan pudiera el mozo aferrarse de cualquier parte que le asiera y perecer entrambos. Yo me hallaba tan cerca de él que no distaba más de cinco varas, viendo a mis ojos aquel caso, que sobre el horror que concebí y venía de esta laguna se me acrecentó el suceso; repetía con más ahínco D. Juan las voces diciendo que se ahogaba, y pidiendo unos calabazos o mates, con que los que saben nadar entran a esta laguna, para socorrer con ellos, pero no se hallaron a mano; entretanto (que todo fue muy breve) el mozo tornó a hundirse, con que entendimos haberse ya ahogado. A esta sazón, el veinticuatro D. Valentín Arana, Caballero vascongado, yerno de D. Juan de Solís, que con las señoras su suegra y mujer se hallaban en la compuerta enjugándose por haber salido del baño, como oyese las reiteradas voces de que se ahogaba se arrojó al baño y llegando a nado al mozo dispuso Dios que al tiempo de trastornarlo el agua ya medio ahogado sacase un pie, del cual lo asió y con toda velocidad lo trajo al paraje donde había pie, que era el mismo donde ya estaba, para lo que ya el mozo estaba sin sentidos, el rostro renegrado y con los ojos que parecía se le saltaban, arrojando por narices y boca mucha agua: fue conocido favor de la Divina Piedad el que no hubiese perecido en aquel espacio de tiempo; atribuyóse luego a intercesión de N. P. S. Joseph, porque es de saber que un tío de este mozo estaba a la sazón en el patiecillo que está entre las dos compuertas, y oyendo las voces de D. Juan de Solís de que se ahogaba, levantó los ojos y manos al cielo pidiendo a N. P. S. Joseph, de quien era muy devoto, y el mozo también tenía este nombre, que no permitiese muriese sin confesión, y entonces salió del agua y mostró el pie para que fuese socorrido en una laguna donde tantos han perecido en un momento.

Causó no poca admiración lo que en esta laguna se vido el día 20 de octubre del año 1687, quando a las quatro de la mañana con un espantoso terremoto se arruinó la mayor parte de la Ciudad de los Reyes, añadiéndose la terrible tempestad que juntamente se experimentó en el mar: a la misma hora, estando mucha gente en las compuertas de esta laguna a punto de entrar a bañarse, repentinamente se hundió el agua más de tres picas, y luego con un ruido espantable volvió a rebosar levantando olas muy altas; y aunque por entonces se ignoró la causa, después se supo que en aquella misma hora fué la ruina de Lima: de este suceso tomaron muchos ocasión para varios discursos que sobre la profundidad de la laguna hicieron.

Finalmente, por ser prodigiosa en todo esta admirable laguna la han engrandecido los autores con varios aplausos y renombres; unos la ponen entre las grandes excelencias del Perú: otros dicen que es una de las grandes maravillas del Perú; otros la ensalzan por ser el resto del poder de aquel famoso Rey que la fabricó, y otros la aplauden por ser medicina sus baños de varios achaques.

En los contornos de su valle están diversos recreos de jardines y huertas amenísimas, regadas por artificiales fuentes, con frutales y yerbas de maravillosas virtudes, flores agradables, suavísimas en olor; de éstos son los más renombrados Miraflores, Mondragón y Pucara.

También en este valle se da en abundancia aquella raíz violentamente purgativa que en el idioma indiano es llamado Guachanca, que

Indios cuando estando una de las Coyas (que es lo mismo que Reina o Princesa) de parto, y no pudiendo echar la criatura, les mandó su Rey le diesen de aquella raíz y pariría, como lo hizo al punto; vulgarmente la llaman papilla en el Perú; en el nuevo reino Mechoacán, y en España, leche treina.

Volvamos al poderoso Rey Maitac Cápac, el cual, después de fenecida la dicha obra, prosiguió su conquista, entró en Cantumarcani, o Ca

sistencia alguna se rindió a la obediencia de este Monarca; sólo el soberbio y altivo cerro no se le quiso avasallar con estar tan cerca y haber visto su exterior hermosura, porque tenía Dios determinado sirviese a otro mayor y agusto Monarca de España; y habiendo descansado en dicho pueblo muchos días, prosiguió con su militar ejército poniendo bajo de su dominio inu-

merables gentes de varias Provincias. Finalmente, se volvió al Cuzco, donde murió de mucha edad; dejó preciosos ídolos y por quintales el oro y a cántaros la plata.

El quinto Rey del Perú, hijo de Maitac Cápac, fué Cápac Yupanqui, que se

El sexto se llamó Inca Roca, que significa hombre anciano.

El séptimo se llamó Yáhuar Huáncac, que quiere decir el que llora sangre. Este fué el que pronosticó la pérdida de su Monarquía, porque se lo dijeron sus oráculos, de que tuvo grande espanto, como cuentan los cronistas del Perú, y con el sentimiento lloró sangre y fué el día mismo que tomó la Borla, que era la insignia o Real Corona.

El octavo fué su hijo Viracocha, que se interpreta Espuma de la Mar. Nació este Rey blanco y hermoso, y por esto fue llamado espuma de la mar, motivo también de que por ver después el color a los Españoles los Indios los llamaron Viracochas, como hasta hoy.

El noveno Rey fué su hijo Pacha Cútec, que quiere decir el que revuelve el mundo. Este previno un ejército de 600.000 hombres para la conquista del Reino de Quito, y no hizo nada, con el aviso que ya estaba esta gente en campaña; porque habiendo permitido libremente en su Reino el pecado de Sodomía, le envió Dios aquella terrible sequedad y hambre que duró siete años, en que perecieron millares de gentes, como cuentan las Historias.

El décimo fué su hijo Yúpac Yupanqui. Fué Rey sabio y afa-ble como lo significa su nombre; dió la última forma a las leyes de su Reino, y demás de esto conquistó hasta el norte, hasta adelante de Quito, pasada la línea, y hacia el sur llegó hasta Chile.

CAPITULO QUINTO

EN QUE SE PROSIGUE LA MATERIA DEL PASADO Y DE
QUE SE DERIVO EL NOMBRE DE POTOSÍ

EL undécimo Rey del Perú se llamó Guaina Cápac, que se interpreta mancebo poderoso. Este fue aquel insigne en riqueza que puede causar admiración al mundo, que tuvo rimeros de oro y grandes montones de plata; pues, como cuentan los coronistas Garcilaso y el P. F. Antonio de la Calancha y otros autores, tenía en su Palacio en estatuas de oro a los Reyes sus predecesores; y todas cuantas alhajas sirven en una casa, de madera, piedra o barro, las tenía el Rey en su Palacio de finísimo oro, aun las piedras de moler el ají y los batanes donde molían el maíz, todo era de este metal. El coronista Francisco López de Gomara y otros dicen de este Rey que tenía en la Puna un recreo o Jardín hecho a mano, de árboles, flores y yerbas de oro, que era un remedio (remedo) propio de los naturales vergeles. Esta máquina, y mucho más de oro fino de su Palacio, le echaron en la Laguna de Chuquito (que tiene ochenta leguas de rodeo), cuando los Españoles entraron al Perú, porque no gozasen tan rico tesoro.

Y no hay que admirar de este precioso metal que tenían junto en Palacio, pues entonces no lo llevaban a España ni se lo tragaba el mar; entonces el oro y la plata se estaba en el Rei-

no del Perú, (no) se esparcía por el mundo; en aquel tiempo iban los indios a los cerros a traer los ricos metales, como se daban (sabían) los secretos y venas donde estaban; mas luego que reconocieron la codicia de los Españoles y los malos tratos que más bárbaramente les hicieron, cerraron las bocas de las minas y todo lo que tenían sacado de ellas lo echaron en aquella laguna profunda y enterraron en las partes donde les cogió la noticia de la crueldad española; pues tanta fue su codicia en recoger el oro y la plata que, no estando satisfecha con lo mucho que hallaron fuera, apremiaron a los desventurados indios, y contra toda caridad a fuerza de rigor les hacían descubrir las riquezas que sabían y descubiertas, con mucha violencia los obligaban a que sacasen los preciosos metales; de suerte que no pudiendo los naturales tolerar aquella sinrazón, los más se fueron a las remotas Provincias del Perú a vivir entre aquellas incógnitas naciones, sin fe ni conocimiento del verdadero Dios; otros se quitaron la vida con sus manos propias; .otros se remontaron de cincuenta en cincuenta y ciento por ciento, y se escondían en las quebradas y grutas de los montes con sus mujeres e hijos, y allí morían de hambre; otros quedaban en poder de los Españoles, hechos esclavos sin razón, ley ni caridad, pues no eran habidos por derecho de la guerra, que las más de las Provincias se les dieron graciosamente y ellos las tiranizaron de tal manera que no hay lengua que lo pueda significar; por lo cual se puede decir seguramente que aquellos españoles no conquistaron el Perú, sino que todo lo redujeron a tiranía.

Tiranizado, pues, el Perú por los Españoles, se fueron consumiendo millares de millones de Indios y millones de millones de oro y plata, con que quedó el Perú sin ser lo que ser solía en tiempo de sus monarcas. Por esto, viendo y considerando desapasionadamente la nueva de Reino y Nuevo Mundo el Ilustrísimo y Reverendísimo Señor don F. Bartholomé de las Casas, Obispo de Chiapa, escribió la Historia intitulada Destrucción de las Indias occidentales, donde cuenta muy por extenso la incomparable riqueza del Perú y sus Reyes, el fin y paradero que tuvieron sus grandezas después que entraron los Españoles en dichas Indias, aunque si quedaron destruidos fue de las riquezas temporales, pues comenzaron las celestiales con la adoración del verdadero Dios.

Volviendo al poderoso Rey Guaina Cápac, digo que en su tiempo, habiendo salido grandes ejércitos de los Indios Guaraníes (que era una nación en el Río de la Plata, la cual descubrió Se-

bastían Gaboto el año de 1525, distante de esta Provincia de los Charcas más de 500 leguas), gente guerrera, traidora y soberbia, éstos llegaron al Perú; y después de haber hecho grandes destrucciones en las Provincias, se volvieron victoriosos a su naturaleza; pero quedándose algunos entre las sierras, hicieron siempre gran daño en las provincias de los Charcas, Porco y Chichas, donde se acercaron apoderándose de los Valles de Mataka, y de allí acometían a esta Provincia de Porco, quedando siempre victoriosos, porque su forma de guerrear era de noche, y en haciendo sus saltos se retiraban a las mañanas; asaltaron al pueblo de Cantumarca y lo entraron con gran mortandad de sus vecinos, y rehaciéndose allí, trataban de continuar sus victorias en las demás provincias sujetas a Guaina Cápac. Noticiado este Rey de aquel atrevimiento, llamó sus capitanes y, con numeroso ejército, salió con ellos del Cuzco, llegó al valle de Tarapayá, donde le reforzaron algunos días, bañóse este Rey en aquella laguna, gozó de ver una obra maravillosa de sus antepasados, y habiendo descansado lo que convenía, envió cuatro mil soldados con uno de sus hijos a Cantumarca; estaban los Guaraníes bien prevenidos y así no rehusaron tres mil aventajados combatientes salirles al encuentro, y se portaron con tal valor que mataron doscientos de los del Inga; huyeron llevándole la noticia los que quedaron, de que indignado el Rey partió al punto con diestros Capitanes; y aunque le resistieron los enemigos al cabo fueron deshechos y muertos más de 6.000 Guaraníes; los pocos que quedaron huyeron sin parar hasta meterse en las Montañas de los Charcas. Recibió Cantumarca muy gozoso a su Rey y le hicieron grandes fiestas por sus victorias; pasadas éstas, se encaminó a Colque, Porco y Andacava, asiento de sus Minas, de donde le sacaban innumerables arrobas de plata; antes de partirse vio nuestro famoso Cerro y, admirado de su hermosura y grandeza, dijo (hablando con los de su Corte): Este sin duda tendrá en sus entrañas mucha plata. Por lo cual mandó a sus vasallos que luego que llegasen a Porco, volvieran, labrasen sus minas y sosacasen el rico metal. Así lo hicieron y, habiendo traído sus instrumentos de pedernal y madera fuerte, se subieron al Cerro, y después de haber tanteado sus vetas, estando para comenzar a abrir sus venas, se oyó un espantoso estruendo que hizo estremecer todo el Cerro, y tras eso fue oída una voz que dijo: No saques la plata de este cerro porque es para otros dueños. Asombrados los Indios de oír estas razones, desistieron del intento; volviéndose a Porco, dijeron al Rey lo qué había sucedido, refiriendo el caso en su idioma; y al llegar a la palabra del estruendo dijeron **Potocsi**, que

quiere decir dio un grande estruendo, y de aquí se derivó después, corrompiendo una letra, el nombre de Potosí; esto sucedió, según la más probable cuenta, 83 años antes que los españoles descubriesen este famoso Cerro, y desde aquel tiempo se llamó Potosí. Don Antonio de Acosta en la Historia de Potosí le llamó añadiendo que no tan solamente por el suceso dicho le nombraban Potosí, mas también porque luego que se descubrió el Cerro lo nombraron los Indios Orco Poctocchí, que quiere decir Cerro que brota plata. Añade más este autor diciendo que antes que el Rey Guaina Cápac viniese a esta Provincia de Porco, llamaban los Indios al cerro Súmaj Orco, que significa hermoso Cerro, por su hermosura exterior, que con más razón lo pudieran llamar así si vieran y sacaran la interior que tenía; más guardóla Dios para otros dueños, y es cosa para notar que viviendo los Indios tan cercanos al Cerro y andando sobre él, no llegasen a gozar ellos ni sus Reyes la riqueza, estando labrando poderosas minas en Porco y Andacava, que distan de esta Villa siete leguas.

Volvió Guaina Cápac a su Corte gozoso, rico y triunfante, donde algunos años antes de su muerte, juntos todos sus hijos, les profetizó que después de sus días entrarían en sus Reinos gentes nunca vistas que quitarían a sus hijos el Imperio, trocarían su República y destruirían su idolatría; poco antes de su fin tuvo noticias de que los Españoles entraban en sus Reinos, y deseó mucho el verlos; pero impidiósele la muerte, dejando el Imperio a su hijo Cusi Guáscar, como a primogénito y legítimo heredero.

El duodécimo Rey del Perú fue Cusi Guáscar, que en castellano quiere decir la sogá del contento, porque en su tiempo se acabó de labrar aquella grande cadena de oro fino que puede ser maravilla del mundo; pues, según refieren los coronistas Garcilaso de la Vega, el Padre Calancha y otros autores, que era tan grande que 300 Indios (aunque hay quien diga que 600), que eran los caballeros y señores de su corte y llamaban orejones, escogidos en valor y fuerza, la suspendían en sus hombros, estando de trecho en trecho cada uno, por donde se puede considerar cuánta sería su prolongación. Esta, con otros riquísimos tesoros, la sumergieron en la Laguna de Chuquitos, porque no había en ella para saciar la codicia de los españoles. Cuenta D. Antonio de Acosta, como testigo de vista, que cavando una chulpa o entierro de indios hallaron un eslabón de esta u de otra cadena, de forma oval, que, medida con un cordel. tenía vara y sexma, y pesaba 32 libras. Este Rey Cusi

Guáscar, siendo de poca edad, se halló con su padre Guaina Cápac en Cantumarca, cuando vino a echar de allí a los Guaránies; tuvo Cusi Guáscar cuarenta y cinco hijos con el soberbio y cruel Atahualpa; éste era hijo bastardo, y fue tan impío que luego que vido que Guaina Cápac, su padre, era muerto y Cusi Guáscar había tomado la Borla, recogió los soldados que el Rey su Padre tenía en el Quito, y hizo le reconociesen por Rey de estos Reinos, y luego volvió a ponerse sobre el Cuzco; estando en sus comarcas engrosó su ejército con los vasallos del hermano que a fuerza de amenazas los trajo a sus dominios; tuvieron varios encuentros; hasta que, finalmente, queriendo fenecer de una vez aquellos debates, se acercó a la corte donde Cusi Guáscar estaba ya prevenido de poderoso ejército, que viendo al tirano tan cerca, salió con él, y encontrándose en Quipaiapan se dieron aquella memorable batalla donde murieron de una y otra parte 150.000 hombres; quedó vencido y cautivo Cusi Guáscar y fue llevado por orden del usurpador a Jauja, donde le hicieron muy malos tratamientos; entró en la Corte Atahualpa donde fue recibido por Rey de estos dilatadísimos Reinos, y por quedar solo mandó quitar la vida a 43 de sus hermanos que allí estaban; pasó con sus ejércitos a Cajamarca a descansar, y después continuar las conquistas. En esta prevención andaba cuando entraron los Españoles a sus estados en ocasión que el Rey Cusi Guáscar se hallaba oprimido en su prisión, que en ella le hizo quitar la vida el tirano Atahualpa después que él fue preso por los Españoles, como cuentan las historias; pudiera este Rey Atahualpa, como tan valiente y poderoso, haberse opuesto a los Españoles; mas como ya era tiempo de que la voluntad divina aunase esta dilatada Monarquía con la Católica Española, y fuese adorado en ella como verdadero Dios, dispuso las cosas de modo que toda dificultad se allanase. Estaba el Rey Atahualpa profundamente melancólico; veníasele a la memoria lo que mucho antes dejó pronosticado el Inga Yáhuar Huácar, y lo que poco antes les dijo su Padre Guaina Cápac, aunque les quitaba el desconsuelo el saber que eran pocos aquellos Españoles y que sólo venían a probar la tierra, teniendo propósito de matarlos luego que acabase la guerra con su hermano.

Vamos abreviando, pues son muchos los que tan larga y curiosamente han escrito de estos Reyes: Entró Don Francisco Pizarro a Cajamarca con sus Españoles; no halló allí al Rey porque se había ido a ciertos Baños bien cerca; envióle luego Pizarro a visitar con el Capitán Hernando de Soto y a pedirle licencia para tomar su aposento en Cajamarca; Atahualpa le mandó de-

cir con alguna aspereza que el siguiente día sería con él en Cajamarca; espantóse el Capitán Hernando de Soto y Fernando Pizarro, que fue con él, de la grandísima riqueza y majestad de aquel bárbaro; volvieron luego con la respuesta diciendo que, a lo que habían sentido de Atahualpa, les habían de ser bien menester las manos. Gastaron toda aquella noche en aderezar sus armas y en platicar lo que habían de hacer. Don Francisco Pizarro hizo a los suyos una plática para ponerles ánimo, y a la mañana repartió a cada uno su estancia diciéndoles lo que habían de hacer; mandó que los de a caballo se escondiesen tras de unas tapias, que los de a pie se estuviesen a la vista, y ni uno ni otros se moviesen hasta oír soltar un arcabuz. Los más de los autores que escriben del Perú quieren decir que Atahualpa vino el día siguiente ,con intención de pelear y matar a los Españoles; pero no fue así; pues lo cierto es que vino de paz, con número de 30.000 vasallos, todos arreados de galas a su usanza, cubiertas sus cabezas, orejas, brazos y pies de joyas de oro y piedras preciosas, a ver celebrar las amistades con aquellos extranjeros. Desde los baños de Cajamarca caminó Atahualpa con tanto espacio y majestad que en sólo una legua tardó cuatro horas; venía en una litera de oro macizo, aforrada de plumas de varias aves; traíanle en hombros ciertos Caciques, grandes señores; el asiento que traía era un hermoso tablón de oro que pesó 24.000 ducados, y cojín de lana finísima, todo guardado de piedras preciosas; delante venían hasta 300 como lacayos con ricas libreas, quitando las pajas y piedras del camino, y otros tantos bailaban y cantaban; detrás venían otros muchos Caciques, también en ricas andas, y el General Rumiñauí (que es lo mismo que ojo de piedra) guiaba toda la demás gente que, como llevo dicho, venía de paz. En el modo del suceso de la prisión de este Rey es donde más tropezaron los autores, siguiéndose unos a otros al contarle cómo pasó. A la verdad, y la causa de contradecirla, es por haber escrito por relaciones que los de Don Francisco Pizarro remitieron a España con ésta y otras mentiras, todo a fin de no quedar defraudados en la gloria de Conquistadores y porque el Emperador no castigase en ellos las insolencias ejecutadas en los rendidos, que como tan católico siempre procuró evitarlas y castigarlas. Cuentan, pues, las más de las Historias que habiendo llegado Atahualpa donde estaban los Españoles, tuvo grande enojo de ver algunos puestos en una torrecilla de ídolos que allí cerca estaba, y mandólos echar de la torre; llegóse entonces el obispo fray Vicente de Valverde, fraile Dominicó, con una Cruz en la mano diestra, y en la siniestra un breviario, y hecha su medida dicen que comenzó de

esta manera: Muy excelente y poderoso Señor: habéis de saber, y cumple que se os enseñe, que Dios es trino y uno y hizo de nada todo el mundo; formó en el principio de él un hombre de tierra y llamólo Adán; de él procedemos cuantos hasta hoy han nacido, salvo Jesucristo, nuestro redentor, el cual, siendo verdadero Dios y Hombre, bajó del cielo a la tierra y nació de María Virgen para sacar al linaje humano del cautiverio del pecado; murió Jesucristo nuestro Señor en una cruz semejante a ésta que tengo en las manos, y por eso la reverenciamos todos los cristianos. Resucitó al tercero día, subió a los cielos a los cuarenta días y dejó por su vicario acá en la tierra a San Pedro, Príncipe de los Apóstoles. El Papa que hoy vive dio a nuestro Monarca la Conquista de estas tierras; el Emperador envía ahora a Francisco Pizarro a rogaros seas su amigo y tributario, que obedezcas al Papa y recibas la santa fe, porque es santísima, y la que vos tenéis es más que falsa. Enojóse Atahualpa de oír la embajada y respondió con ira: No quiero dar tributo a nadie, que soy libre, ni tampoco creo que haya otro mayor señor que Yo en el mundo; bien me holgara ser amigo de ese Emperador, porque, pues envía tantos ejércitos acá tan lejos, gran señor debe de ser; obedecer al Papa no me está bien, porque debe de ser loco, pues da lo que no es suyo y me manda dejar el Reino que Yo heredaré de mi padre y quiere que se lo dé a quien no conozco. Religión tampoco quiero más de la que tengo; yo me hallo muy bien con ella y no tengo para qué poner en disputa cosa tan antigua como ésta. Vosotros tenéis por Dios a Cristo y decís que murió; pues yo adoro al Sol, que no ha muerto ni morirá, y la Luna mucho menos. ¿Quién os dijo a vosotros que vuestro Dios crió el mundo? Este libro, dicen que respondió el Obispo; y puso el Breviario en las manos. Tomóle Atahualpa a hojear en él pensando que había de hablar el Libro; como vio que callaba, dio con él en tierra como haciendo escarnio. Viendo el obispo su Libro en el suelo, arremetió a alzarle, y fue dando voces a Pizarro diciendo: Los Evangelios por tierra, cristianos, justicia de Dios; vénganse, cristianos, a ellos que menosprecian y no quieren recibir nuestra Ley. Mandó luego Pizarro disparar el arcabuz; arremeten todos los ciento y sesenta compañeros; dispararon unos tirillos de artillería que tenían, y con el estruendo comenzaron con ánimo invencible a herir en los Indios. Acudieron todos a donde tenían los suyos al Rey Atahualpa: esto es lo que cuentan varios historiadores por las relaciones siniestras de los parciales de Pizarro. Los naturales de estos Reinos escribieron cómo en realidad pasó; y se les debe dar crédito, pues más cierto es en las cosas huma-

ñas lo que se ve, y mejor testigo el que escribe en la Patria que el que asiste en Europa; que aunque no se hallaron cuando sucedió, luego que nacieron, particularmente el Inga Garcilaso de la Vega y el Licenciado Cabeza de Vaca, lo entendieron por los mismos españoles que se hallaron en él. Dicen, pues, estos escritores que fue tan repentino este acontecimiento y tanto lo que los Indios se embarazaron de ver una cosa tan repentina y nueva, que no sabían ni lo que harían, y así sin defenderse mataron de cinco mil de los que de paz acompañaban a Atahualpa. Rompió Pizarro por toda la gente y llegó a las andas del Rey; asíóle de la ropa y dio con él en tierra. Cercáronle sus vasallos porque no le quitasen la vida, defendiéndolo sólo con sus cuerpos; pero como los españoles andaban tan tiranos quitando millares de vidas en los míseros indefensos y recogiendo las joyas y demás riquezas (de que hablé antes), huyeron los indios por varias partes sin saber dónde esconderse, dejando a su Rey preso. Siguieron los de a caballo el alcance hasta que se hizo noche. Sucedió esta prisión en el año del nacimiento del Señor de 1533. Fue una de las mayores y más importantes cosas que sucedió en el mundo, porque con ella se abrió la puerta a las mayores riquezas que los hombres oyeron; y, lo que más es, que se dio con ella principio a la conversión de más tierras que hay en España a Babilonia adonde se convirtieron millones de hombres; el demonio fue vencido y echado de tan dilatadas tierras. Otro día después de la prisión saquearon los Españoles el tambo o Palacio de Cajamarca y los Baños donde Atahualpa se había estado recreando; hallaron grandes riquezas de oro y una vajilla del mismo metal que valió de 100.000 castellanos arriba. Mandó Pizarro echar en prisiones al desventurado Rey en tiempo que por su mandato sus Capitanes traían ya preso a su hermano mayor Cusi Guáscar, con quien tenía cruelísima guerra sobre la posesión de estos riquísimos Reinos, y en su cárcel desde la suya le hizo quitar la vida. Pasados pocos días, sintiendo Atahualpa su prisión, trató de su rescate, ofreciendo por él a Pizarro aquella monstruosa porción de oro que cuentan las historias; que siendo este Rey alto de cuerpo se puso en pie, levantó el brazo, y hasta donde alcanzó una raya, diciendo que hasta aquella raya le daría de oro y plata todo el espacio de la Real sala, sin que lo sintiesen sus minas. Vino en ello Pizarro, y aunque se enviaron mensajeros a todas sus Provincias para recoger esta cantidad y ya se iban conduciendo, nada bastó a que después de varios infelices pronósticos que precedieron a su muerte, y particularmente un cometa que se vido en el aire durante su prisión, lo degollasen injustamente en

Cajamarca a vista de sus vasallos. Un Príncipe soberano, de los mayores del orbe, sufrió con constancia y ánimo real' su muerte, y si fue bautizado, como dicen algunos autores, es de creer que se salvó, y bienaventurado el que granjeó con la vida temporal la del cielo. Si fue justa o no la muerte de este poderoso y rico Rey, Dios lo sabe; ella fue injustísima, y así lo mostró Nuestro Señor, porque todos cuantos en ella entendieron vinieron a morir malas muertes, como se cuenta de los matadores de Julio César. El Indio Phelipillo, traidor intérprete, (que) con sus mentiras solicitó también su muerte, murió ahorcado; los Pizarro, Almagres y los demás, unos murieron por justicia y otros a puñaladas; hasta el obispo Fray Vicente de Valverde, que fue muerto por los Indios de la Puna (adonde se fue huyendo después de la muerte que dieron a Don Francisco Pizarro por la tiranía de Almagro el mozo), dicen algunos autores que en venganza del suceso de Cajamarca y muerte de este Rey; pero lo cierto es que lo matarían aquellos indios en odio de nuestra santa Fe; y asimismo Atahualpa pagó con la vida la que mandó quitar a Cusi Guáscar y a los demás sus hermanos. Fue Atahualpa el decimotercio Rey del Perú, y con heredera suya casó Don Francisco Pizarro, a quien después hizo el Emperador Carlos 5° Marqués de los Charcas y Atavillos y Caballero del Orden de Santiago.

El decimocuarto Rey del Perú (aun ya como se ve estaban en el Reino los Españoles) fue Manco Cápac, segundo de este nombre, hermano de Guáscar y Atahualpa, que se había escapado del fratricida. Este, luego que vido muertos a sus hermanos, tomó la Borla o corona en Jauja y allí esperó los Capitanes y gente de guerra que había enviado Atahualpa contra las alternaciones de Quito, que a las noticias de la prisión de su Rey venían a grandes jornadas; y hallándolo muerto, dieron la obediencia a Manco Cápac. Trató luego este Rey de hacer guerra a los Españoles, y después de aquel alzamiento general con que alborotó este Reino (y tanta sangre se derramó, pues murieron más de 800 españoles y muchos millares de Indios, teniendo cercado en Lima al Marqués Pizarro muchos días y con grande peligro y aprieto de aquella ciudad), se retiró a Bilcabamba, asentó en fin paces con los Españoles y jugando un día este Rey a las bolas con el Capitán Gómez Pérez se trabaron sobre una raya, y Gómez, lleno de cólera, le tiró una bola, y dándole en las sienas lo mató, con que los Indios mataron atrozmente al Pérez y a todos los Españoles que estaban con el Inga.

El decimoquinto fue su hijo Sairi Yúpac. Dio la obediencia a nuestro Católico Rey. Recibió el Bautismo y se llamó D. Diego

Sairi Yúpac. Murió este Inga sin dejar hijo varón, y sólo le quedó una hija de quien descienden los Marqueses de Oropesa.

El décimosexto de la sangre Real fue Cusi Tito. Recibió el Santo Bautismo y se llamó D. Phelipe Cusi Tito, a quien brevemente le quitó Dios la vida con un dolor de costado.

El décimoséptimo y último Rey del Perú fué Don Pablo Túpac Amaru, que como cristiano tuvo paz con los Españoles, aunque no les faltaron ocasiones de guerra; pero habiendo venido al Perú el Exmo. Señor Virrey Don Francisco de Toledo, y hecho aquellas tan loables ordenanzas para todas las Ciudades, Villas y lugares de este Peruano Reino, volvió al Cuzco, donde después de tan buenas cosas hizo aquélla tan escandalosa de degollar a este Rey amigo y cristiano y desterrar a todos sus herederos a las más remotas Provincias, donde los más perecieron, a fin de que ninguno en tiempo alguno pidiese derecho a la Monarquía. Mas de esta acción no sacó ningún provecho S. E., antes sí su total ruina; pues habiendo vuelto a España pensando ser premiado por esto y sus ordenanzas, visitó a Phelipe 2º, Monarca muy prudente que nunca llevó a bien las demasías que se hacían en las Indias, de que ya tenía noticia; y díjole: Yo no te envié a que matases Reyes, sino a que sirvieses Reyes. Apartóse de su grave y Real presencia con el pesar que se puede considerar, y llegando a su casa brevemente la pena le quitó la vida, como lo cuenta Garcilaso en la segunda parte de sus Comentarios Reales.

Entre algunas Princesas que por ocultarse del Virrey o por ser de femenino sexo fueron reservadas del destierro, fue una la hermosísima Doña Beatriz Yupanqui, hija del Rey Diego Sairi Yúpac, la cual casó con el Gobernador don Martín García Ordóñez de Loyola

de haber gobernado esta villa fué al Reino de Chile al gobierno de aquellas armas, adonde los invencibles Indios Araucanos lo mataron; dejó una hija de este matrimonio, la cual llevada a España fué casada con Don Henrique de Borja, sobrino de San Francisco de Borja (como tan Don Martín Loyola lo era de San Ignacio), de quien se originó la gran casa de Oropesa, habiéndole hecho merced el Rey Phelipe 2º a esta Señora del Marquésado de Oropesa a este Reino del Perú.

Muerto, como queda dicho, el Rey Túpac Amaru, en él se acabó gran Monarquía del Perú; pues aunque quedaron algunos descendientes de esta gran sangre, ninguno se atrevió a empuñar

el cetro. Acabóse, pues, como se acabaron otras de otras partes del mundo; llegó ya el término señalado de la duración de sus años, y no pasó más adelante, como no pasó la de los persas de 491 años; la de los Asiros tampoco pasó de 522 años; la de los Athenienses de 469; la de los Lacedemonios duró 537; la de Roma gobernada por Cónsules 461 y tiranizada por Emperadores 502 años; Polonia y Hungría llegó a 500; Cartago a 700, y la del Perú floreció 1640 años, que ese término le señaló Dios como Señor absoluto del universo. Acabóse tan rica Monarquía, y sus Monarcas tuvieron fin como lo tendrán todas las cosas; y, pues, para fenecer comenzaron veamos el principio y descubrimiento del Cerro de Potosí; veamos la primera grandeza y lucida pompa de su Imperial villa, y quiera Dios le sea su fin sólo el del mundo.

CAPITULO SEXTO

EN QUE SE REFIERE EL DESCUBRIMIENTO DEL CERRO DE POTOSÍ

SIEMPRE son admirables los modos con que la Divina Providencia previene las suertes de cada uno, pues vemos que por donde no lo imagina el hombre por allí le viene su bien o su mal, siendo tales los instrumentos y caminos que toma la Majestad divina, cuales no caben en la imaginación humana. Vemos esta experiencia en el descubrimiento del gran cerro de Potosí; pues ni el indio que lo descubrió lo imaginaba, ni el venturoso Español pensaba la felicidad de poseer su riqueza; pero la suprema causa que gobernaba tan ocultos secretos los manifestó de suerte que claramente se conoció ser dádiva de su divina mano; pues tomó por instrumento una criatura irracional; y no de los grandes o Reyes entre ellos, no de los terribles, bravos y dañosos, sino de los que son una oveja en mansedumbre; a uno de éstos tomó para que fuese instrumento no sólo del bien de un gallardo indio que lo descubrió, y de un noble Español a quien se lo manifestó, mas, lo que causa admiración, para el alivio, para el bien, para el lucimiento y para la felicidad del orbe todo.

Después de la muerte del Rey Atahualpa continuando Pizarro en sus descubrimientos llegó al Cuzco, Corte riquísima de los

Ingas. No halló en ella resistencia, sino mucho más oro y plata que lo que había visto; había en aquella población muchos templos, todos cubiertos de planchas de oro, donde adoraban a sus ídolos, y muchas sepulturas cubiertas de plata y llenas de grandes tesoros, porque generalmente en estos Reinos todos los hombres ricos entraban consigo sus tesoros y aun parte de sus mujeres y pajes vivos para servirse de ellos en el otro mundo, que así les hacía entender el Diabolo con quien hablaban, que habían de tener allá los mismos regalos que acá; algunas de ellas más de 50.000 castellanos de oro, pasaron los Españoles a estas Provincias de arriba, descubriendo cada día mayores poblaciones, hasta llegar a los Charcas, cuyo descubrimiento y pacificación cupo a Gonzalo Pizarro por orden de su hermano el Marqués. Comenzaron los Españoles a formar nuevas poblaciones, y después se hicieron grandes ciudades, villas y lugares. El Capitán Pedro Anzures fundó la villa de Chuquisaca el año de 1538, que después fué Ciudad Metrópoli de las Provincias de los Charcas, Porco, Chichas y otras muchas. Fundadas varias ciudades y villas, sosegada la guerra y puestos los Indios en paz, dio el Marqués un buen repartimiento a su hermano Hernando Pizarro y a otro Gonzalo Pizarro, que fué el de Puna y Porco, en cuya cercanía está Potosí. Entretanto que todas estas cosas pasaban, Hernando Pizarro allá en España había negociado con el Emperador grandes favores para su hermano y el título de Marqués de los Charcas y Atavillos, y un hábito de Santiago para Diego de Almagro; llevó comisiones y otros recaudos para que gobernase toda la tierra de la nueva Toledo (como la de Pizarro se llamaba nueva Castilla) desde cierta parte adelante, que son todas las Provincias tierra arriba adelante del Cuzco, con ésta de los Charcas, Porco y Chichas; y como, conforme a la división que S. M. hacía entre los dos compañeros Pizarro y Almagro, la ciudad del Cuzco caía en la parte de Almagro, según él decía, los que la tenían por Pizarro no la quisieron dejar, y Almagro no quiso quedar sin ella; y así tornaron de nuevo a sus pasiones. Tres leguas de Chilca está el valle de Mala, y allí es donde el Demonio por pecados de los hombres acabó de meter el mal que en esta tierra había comenzado; y se confirmó la guerra entre los dos gobernadores Don Francisco Pizarro y Diego de Almagro, pasando primero grandes trances y acaecimientos, porque dejaron el negocio del debate, que era sobre en cuál de las gobernaciones caía la ciudad del Cuzco, en manos y poder del R. P. F. Francisco Bobadilla, del orden de Nuestra Señora de Mercedes; y habiendo tomado

juramento solemne a los unos y a los otros Capitanes, Pizarro y Almagro se vieron y de las vistas no resultó más que volverse Don Diego Almagro con gran disimulación a poder de su gente y Capitanes; y el Juez Arbitro Bobadilla sentenció los debates con que se hallaron obligados a formar ejército y principiar crueles guerras; las cuales se comenzaron el año de 1536 y duraron hasta que los unos y los otros se acabaron. Afírmase que murieron en estas guerras más de mil españoles, y pasados más de un millón y quinientos mil indios; apoderóse Almagro a los principios de la ciudad del Cuzco y prendió en ella a Hernando y Gonzalo Pizarro; estuvo determinado matarlos, y al fin por ruegos los dejó; tornaron después a batalla el año de 38 Hernando Pizarro y Almagro, y de poder a poder se dieron la memorable (batalla) de Salinas, en la cual fué vencido D. Diego de Almagro y llevado al Cuzco. Pizarro, por acabar cosas, determinó cortarle la cabeza; formóle proceso, hízole acusar que había entrado con mano armada en el Cuzco, en gobernación ajena, y que había sido causa de morir muchos españoles, y aun se había concertado con el Inga Manco Cápac segundo contra el Marqués, y que había peleado contra la Justicia del Rey en Abancay y en las Salinas, por lo cual y por otros cargos que se le pusieron pronunció contra D. Diego de Almagro sentencia de muerte. Por cosas que hizo y lástimas que dijo al mismo Pizarro nunca lo pudo ablandar a que siquiera le otorgase la apelación que interpuso al Rey; cuando más. por mucho honra, le dieron en la cárcel un garrote, y después lo sacaron a degollar en la Plaza. Hizo Almagro su testamento, y aunque tenía un hijo natural que se llamaba Don Diego Almagro, habido en una india, no le dejó a él su hacienda, sino al Emperador. Hízose justicia de él en la Plaza del Cuzco, año de 1540. Pocos meses después de muerto Almagro, vengaron su muerte D. Diego, su hijo, Juan de Rada y otros once amigos suyos, quitando la vida al marqués D. Francisco Pizarro en la ciudad de los Reyes, mientras Gonzalo Pizarro andaba en el descubrimiento de la Canela. Matáronle a cuchilladas día de San Juan de junio año de 1541, que no hay valor, virtud ni valentía que no esté expuesta al agravio; ni felicidad, por grande que sea, que no esté sujeta a la miseria humana; pues unos negros lo llevaron medio arrastrando a la sepultura, por temor del mozo Diego Almagro, que con aquel atrevimiento puso gran temor a toda la ciudad. Tomó a su cargo todos los soldados que habían seguido a su padre; y con ellos continuó la guerra, levantando y dándole título y voz de Gobernador, entre tanto que S. M. otra cosa mandaba: en substancia, él y los suyos tiranizaron la tierra en intención de hacerse señor

absoluto de ella. Envió el Emperador por su Gobernador al Licenciado Christóbal Vaca de Castro, para que allanase la tierra; fuéle necesario formar ejército contra D. Diego, porque no quiso venir al servicio del Emperador. Entró con él en batalla junto a Chupas en 16 de septiembre del año de 1542; salió huyendo D. Diego y se entró en el Cuzco, donde sus mismos oficiales le prendieron y Vaca de Castro hizo justicia de él y de otros muchos.

Pasadas estas calamidades, los Españoles moradores de esta Provincia de Charcas comenzaron a descubrir varios minerales de plata; entre éstos el año de 1543 descubrieron las minas de Porco, que eran de las que laboreaban los Incas. Poblado ya este asiento y continuando la saca, es de saber que entre ellos asistían el Capitán D. Juan de Villarroel, el Capitán Zantandia y el Capitán Diego Centeno, que a todos tres los acreditan de descubridores del Cerro de Potosí; pero la primicia se la dan a Villarroel, de quien dicen que entre los indios que tenía era uno de buena capacidad llamado Gualca, de nación Chunvivilca, que es cerca del Cuzco; salió de Porco con ganado de la tierra, que son aquellos carneros semejantes a los camellos, a apacentarlos en Potoc uno, que se interpreta donde brota el agua, y era un atolladero o ciénaga donde después se fundó la mayor parte de esta Imperial Villa. Aquel día, con aquella natural flema que tienen en el andar estos brutos, se le hizo tarde y no pudo llegar a las chozas de los pastores que habitaban cerca de la Cantería; era la noche oscura y así le convino quedarse encima del mismo Cerro de Potosí; y como aquella noche hiciese tan grande frío, recogió el Indio Gualca cantidad de paja, y quebrando ramas de unos árboles que los Indios llaman Ceñúas, de que todo el cerro está cubierto, les dió fuego y estuvo atizándolo gran parte de la noche, hasta que el sueño lo rindió; y despertando por la mañana vido que con la actividad del fuego se había derretido la plata de aquella veta y corrido en riquísimos hilos de éste o de los otros modos que refieren los autores: la divina Providencia manifestó a los hombres tan preciosa dádiva; y así, habiéndosela descubierto al Indio Gualca, recogiendo éste el rico metal, se volvió a Porco, donde oculto y sin que ninguno lo viese le sacó la plata por fundición. Hecha esta diligencia, quedó Gualca contentísimo, renovando el propósito de no revelar el secreto a Españoles ni Indios; pues aunque debiera manifestarlo a su señor, (que era el Capitán D. Juan de Villarroel, a quien en la ocasión servía en sus labores, y le tenía afecto a este Caballero, demostrándolo en sentarlo cerca de su

mesa y comer de sus mismos manjares, olvidando Gualca esta obligación, ni a uno ni otro lo declaró, por tener ya su voluntad entregada a la riqueza de lo hallado. Con los efectos de ésta mejoró la pasada de su vida; dió en (no) acudir al servicio de su señor; y sin que nadie pudiese imaginar su dicha, él solo la gozaba; vestíase bien, comía mejor, y traía a su mesa algunos amigos Indios después que tenía la oculta plata, la cual era de tanta cantidad que se señalaba en tener días de regocijo y bailes con los Indios, de suerte que todos lo extrañaban; y como quiera que amores y dineros malos son de encubrir, no le valieron a Gualca sus secretos, porque un Indio amigo suyo, natural de Jauja, llamado Guanca, tenía mucha comunicación con él, y por esto pudo una vez ver aquellas planchas de plata, de que admirado le preguntó que de dónde las había sacado. Excusóse Gualca con rodeos y sobre esto tuvieron un largo coloquio; por fin, importunado Gualca de los ruegos de su amigo, se vió obligado no sólo a descubrir el secreto, más también a mostrarcubierto; y

los más ensoberbece la abundancia de corporales bienes, así el Indio Gualca por la sobra de ellos se ensoberbeció, de modo que apartándose de los Españoles tuvo muchos altiveces con los Indios, y entre éstos con su amigo Guanca. Era éste de mucha razón; servía fielmente a su señor Villarroel y también a otro cualquier Español por entender el beneficio de metales y haberlo todos menester: habiendo, pues, reñido éste con Gualca, y sabiendo que estaba para irse huyendo al Cuzco, determinó dar parte de lo sabido al señor Villarroel, como lo hizo, contándole cómo su compañero Gualca había descubierto el Cerro de Potosí. Admiróse y alegróse el venturoso Capitán, y partió luego en su compañía al cerro, donde halló ser verdad lo que Guanca había dicho; estacóse según las ordenanzas que entonces había, y fué el primero que comenzó a sacar plata; era este Capitán de los nobles de Andalucía, natural de la ciudad de Carmona y uno de los pacificadores de la Provincia de Charcas.

CAPITULO SÉPTIMO

QUE PROSIGUE EL DESCUBRIMIENTO DEL CERRO Y LA
BATALLA QUE LOS ESPAÑOLES TUVIERON
EN CANTUMARCA

NO hay palabras con que ponderar el gozo que tuvo con aquel hallado tesoro este venturoso Capitán; y como era noble, fué reconoc.do a Guanea, que no lo tuvo de allí adelante por criado, sino por compañero y amigo, gozando entrambos de la abundante plata que sacaron; el Indio Gualca no adquirió estimación ninguna, antes fué muy mal mirado de los Españoles por encubridor de aquel primer descubrimiento; dejémosle despreciado de todos y vamos a ver el alboroto de el asiento de Porco con la nueva de que el Cerro de Potosí era descubierto, pues fué tal, que el siguiente día que el Capitán Villarroel volvió al dicho asiento, no quedó Español que no viese a darle las enhorabuenas. Hecho ya su ped,mentó, volvió segunda vez al rico Cerro, y mientras vuelven a registrar aquella descubridora y caudalosa veta, veamos el felicísimo año en que Dios Nuestro Señor dio tan liberalmente a los hombres este rico Cerro.

Por mediado de enero, día jueves del año de 1545, fué el primer descubrimiento del Indio Gualca, y estuvo gozando él solo de la plata, hasta principios del mes de abril del mismo año, que

fué domingo, cuando el bueno de Guanea lo mostró al Capitán Villarroel; y de allí a cuatro días concurrieron a verlo y comenzaron a sacar metal otros muchos Españoles.

Esta manifestación fué a los 53 años después que Don Cristóbal Colón descubrió estas Indias, a los quince de abril de la segunda vez que el marqués D. Francisco Pizarro volvió a España a descubrir el Perú, a los diez de la fundación de Lima; contábase los años de la creación del mundo hasta el de la admirable invención de este rico Cerro 5.550; y del Nacimiento de Cristo 1.545. Gobernaba la Iglesia el sumo Pontífice Paulo 5^o y la Monarquía de España el Emperador Carlos 5^o, siendo el año que más descansado de la vida este invicto César, cargado del Imperio; porque el Rey de Francia, Francisco, cansado de las armas continuas y de los años que ya le fatigaban, estuvo quedo, contento con la paz que con Carlos había capitulado; el inglés con la presa de Bolonia se retiró a su Reino; el turco con las guerras de Asia dejó nuestra Europa, y los mares que el Corsario Barba Roja inquietaba con su Armada quedaron algo seguros con su muerte; sólo este Reino del Perú ardía en sangrientas guerras y lamentables tiranías, ejecutadas por Gonzalo Pizarro y su Maestro de Campo Francisco Carbajal.

Descubierto ya el Cerro, voló la fama a dar aviso a los Españoles que moraban en las recién fundadas Ciudades: de la villa de Chuquisaca vinieron varios españoles por estar más cercanos y porque entonces no había población de españoles más cercana; éstos y los que estaban en Porco fueron los primeros pobladores de esta villa, los cuales, ocupados en sacar la plata del Cerro, padecían grandes incomodidades por el riguroso frío que hacía, y no trataban de hacer casas, sino que, apoderados de los ranchos de los Indios, allí se dejaron estar por más de un mes; servíanlos los Indios naturales de Cantumarca con todo cariño por el trato que habían hecho los españoles de que vivirían juntos y estarían sin molestarlos y que les pagarían su trabajo personal; y como por lo común acudían a lo descubierto de muchas leguas de distancia la gente Castellana, les convino el intento de formar casas para acogerse; para lo cual, como no tenían Indios que les ayudasen, se valieron de los amigos con quienes tenían hecho el trato, que todos también estaban embarazados, unos en servirlos voluntariamente, y otros en ir a traerles los mantenimientos. Juntáronlos a todos y les dijeron les hiciesen casas. Respondieron los Indios que no podían, porque habían de ir a los valles a recoger el maíz y otros mantenimientos para sustentarse todo el año, que a unos y a

otros les estaba bien; y así, o que esperasen a su vuelta, o que diesen a otros indios la obra. No concedieron los españoles, antes, con la tiranía que usaban con los Indios, a fuerza de malos y otros malos tratamientos les obligaron con toda violencia a que hicieran adobes. Toleraron los Indios cuatro días el rigor; mas viendo la sinrazón que experimentaban, se indignaron de modo que con todo secreto enviaron sus mensajeros al valle de Mantani (que después se llamó Mataka) a convocar sus naturales para la venganza; los de Cantumarca armaron sus escuadrones, y llegado el caso se desaparecieron todos los Indios que estaban en el trabajo de los adobes y se retiraron a las quebradas del paraje que después se llamó Jesús Valle, donde se juntaron con los del Socorro más de 2.000 guerreros sagitarios, unos y otros con macanas, dardos y hondas. Los Españoles, como viesan el día siguiente que no parecía ningún Indio, indignados comenzaron a buscarlos por las quebradas, y de lejos descubrieron una espía que enviaban a los españoles, a quien éstos alcanzaron en la Cumbre de Jesús Valle por más que corrió a escaparse; preguntáronle por qué huía y dónde estaban sus compañeros; amenazáronle de muerte si no les decía la verdad. Al punto confesó todo lo que sabía, de que quedaron admirados los Españoles, porque había muchos días que no empuñaban las armas para guerras con los Indios; volviéndose al cerro juntos los españoles, entraron en consulta y determinaron enviarles uno de los Indios de Mita a decirles que advirtiesen cómo ellos habían venido de paz, que a saber su determinación hubieran entrado con escuadrones y les hubieran tomado la tierra por armas, y que así no alborotasen los ánimos, pues los querían por amigos. Fué el Indio y dio su relación y hizo mucho en escapar la vida según estaban, mas no se la quitaron porque volviese con la respuesta; pero informáronse de quién o cómo descubrió el cerro a los Españoles, que hasta entonces no lo sabían; y noticiándose de que había sido el Indio Gualca, se enfurecieron de modo que si le hubieran a las manos lo despedazaran a bocados; y así el Indio Capitán Chaqui Catari, que se interpreta Pie de Víbora, puesto en pie lleno de cólera le dijo: Decid a esos enemigos nuestros, ladrones de oro y plata, sin palabra, que si hubiésemos sabido que era gente sin piedad y no cumplen sus tratos, desde que supimos que estaban en el Perú les hubiéramos hecho guerra y echándolos de allí no les permitiéramos entrar donde estábamos ni sacar la plata del Potosí; decirles que por entender que siendo Viracochos eran buenos y de mejores costumbres que nosotros, por eso les servimos aquel poco tiempo, y todos ellos nos prometieron vivir jun-

tos y gozar la plata del cerro; pero ya sabemos que es gente que no sabe cumplir lo que promete, y decidles que al mal hombre Gualca lo ha de castigar el gran Pachacámac, porque les ha descubierto el Potosí, que ninguno de nosotros ni nuestros Ingas se lo dió, y que si quieren paz se vayan de aquí, y nos entreguen Gualca para castigarlo en nombre del Pachacámac por haber faltado a la orden que nos dió a todos de que no sacásemos la plata del Cerro, cuando se oyó el estruendo. Con esto despachó al Indio, y mientras llega a los españoles, diré qué quiere decir Pachacámac. A éste adoraban los Indios como a Señor de sus Dioses en el Perú, porque sus Reyes lo hacían así. Pachacámac se interpreta el que cría y da vida al universo, y era éste un ídolo de gran veneración entre los Ingas y sus vasallos, a quien le tenían hecho un suntuoso templo en el Valle de Pachacámac, cuatro leguas de Lima.

Llegado el mensajero a los Españoles, ¿quién podrá decir ei coraje que concibieron cuando oyeron lo que el Indio Capitán les enviaba decir? Mas al punto hicieron traer de Porco sus armas y formaron un escuadrón, de que fué Capitán don Juan de Villarroel, y Alfares (alférez) Francisco Centeno; también gobernaron las armas don Iñigo de Mendoza y Pedro de Salvatierra. Los Indios, como estaban cerca, supieron la determinación del Español; y así marchó el Capitán con sus escuadrones, bajó la Cuesta de Jesús Valle y al pie de ella los puso en orden; estaban los Españoles mirando desde el Cerro y faltándoles la paciencia descendieron de él, y llegando donde estaban los indios les presentaron batalla. Comenzóse con terrible furor de entrambas partes, y estuvo dudosa por espacio de dos horas, hasta que se comenzaron a retirar los Indios al alto de la Cantería donde desde su eminencia dispararon abajo tantas flechas y piedras que hirieron muchos españoles; teniéndose ésto por afrentados, arremetieron a sus enemigos con tal valor que en breve tiempo se comenzó a cantar la victoria; huyeron los Indios dejando muertos más de cincuenta; de los españoles quedaron veinte heridos y cinco de ellos murieron, siendo ésta la primera sangre de españoles que se derramó en Potosí, semilla que después creció tanto que muchas veces y por muchos años se vieron teñidas sus calles, plazas y campos.

CAPITULO OCTAVO

DE LA FUNDACIÓN DE POTOSÍ POR LOS ESPAÑOLES

YA queda declarado en el primer capítulo de esta Historia cómo en el campo dentro del cual está fundada esta villa tiene cuatro leguas de circuito, cuya planta es una ladera tendida que corre de oriente a occidente; ahora conviene saber otras circunstancias para adorno de la materia de este capítulo.

El pueblo de Cantumarca, antigua población de Indios Gentiles, estaba como un cuarto de legua de esta Villa; también al pie de la Cuesta de Jesús Valle tenían otra población con buenos edificios, según mostraban sus ruinas, que se veían debajo de tierra y estaban con esta división; no eran distintos los moradores, pues todos eran de una naturaleza, distinguiéndose solamente en que éstos de la cuesta cansada se ocupaban en ir a los valles a traer el maíz para hacer su brebaje, que llaman chicha, y también a conducir los otros mantenimientos para los de Cantumarca. En estas dos poblaciones y otra más corta que tenían entre Cari Cari y Viña Rumi, que es la Cantería donde habitaban los Indios Pastores del Ganado de la tierra, había en número de 2.500 indios; la mayor parte de éstos habitaban en Cantumarca, donde tenían un gran comercio con ocasión que

allí se labraban los pedernales, los cuales puestos en cabos de madera servían de hachas para cortar los árboles y también de picos para labrar las Canterías por falta de hierro; asimismo labraban estos pedernales para puntos de flechas, y por esto acudían de la mayor parte del Reino los guerreros a comprarlas, como también para sangrarse: tenían este trato los de Cantumarca por la abundancia

de Guainacabra, que es casi brazo de Potosí. Labraban estos pedernales con picos que tenían hechos de piedra y cincelos de dientes de animales, los cuales eran muy fuertes para el propósito; tenían estos naturales, en la Quebrada que hoy llaman de San Bartolomé, una grande Cueva naturalizada en piedra viva, donde un día a la semana iban como en procesión a adorar al común enemigo, que las más veces se les aparecía visible. Es memorable esta Quebrada por la cual pasa el camino real de las Provincias bajas y ciudades de Lima, Cuzco y otras, por lo que en ella sucedía a los principios de la fundación de esta Villa; pues pasando las gentes por allí, repentinamente se juntaban las dos peñas, que son altísimas, y matándolos a todos se tornaban a abrir; otras veces si pasaban en cabalgaduras de improviso se alborotaban hasta hacer pedazos a los hombres con sus corcovos; otras se levantaba un viento huracán tan espantoso que súbitamente les quitaba la vida; y si no se las quitaba en aquel punto, los arrebataban y arrojaban encima de otras peñas que hay en sus contornos. Afirman varios autores que el causador de estos daños era el Demonio que habitaba en aquella cueva, y añaden que después que se fundó en esta Villa el Colegio de la Compañía de Jesús, informados los P. P. fueron un día llevando en procesión al Apóstol S. Bartolomé, y colocándolo en otra peña natural, cueva vecina a la grande, al punto salió de ésta el Demonio bramando y haciendo un espantoso ruido, se estrelló contra la misma piedra, quedando hasta hoy las señales de un color verdinegro. Colocado el Santo y puesta una gran Cruz en la Cueva mayor, nunca se experimentó otra desgracia; y desde entonces tiene esta Villa grande devoción a San Bartolomé, y cada año van españoles e indios a celebrar su fiesta. La cueva donde está el santo es natural y se sube a ella por una escalera hecha a mano, la cual está en medio de un puente que está fabricado sobre el Río de la Ribera, que por medio de la Quebrada baja su corriente al Valle de Tarapayá.

De este Valle y su famosa Laguna se verán algunos admirables sucesos; también en sus contornos están otros Baños para alivio de varios achaques, como son el Baño llamado comúnmente

de Don Diego y el de Chaqui. Llámase de D. Diego por haber sido divertimento y casas propias que mandó fabricar aquel nobilísimo Caballero D. Diego Muñoz de Cuéllar, del Orden de S. Tiago, natural de esta Villa; está este Baño distante de Potosí tres leguas, donde continuamente gastan muchos millares de pesos así los que van de propósito al regalo de sus aguas como los pasajeros que se hospedan allí por ser camino real que va a las Provincias de arriba, ciudad de la Plata y otras poblaciones. El Baño de Chaqui, que dista del pueblo de este mismo nombre una legua, es muy salúífero para el mal de Bubas y otros achaques, pero no es a propósito para quienes postemas interiores, porque las madura y reventando los mata; quieren decir que esta agua es de mineros de piedra alumbre; la del Baño de D. Diego, de azufre; y la de Tarapayá, de cal; y a mí me parece que todas tres igualmente son de cal, pues no abundan de otra cosa los sitios donde están.

Alentados los españoles, comenzaron la fundación de esta Villa, y para efecto agregaron otros indios, porque de los que allí habitaban no quedó ninguno, pues todos se retiraron a los comarcanos valles después de la batalla suyo referida. Eran ya tantos los hombres que con la noticia del Cerro venían, que por estar llenos los aposentos de Indios vivían en los parámos, haciéndoles intolerable el rigor del frío de que murieron algunos; por eso procuraron todos a formar algunas caserías, como lo hicieron por diciembre del año de 1545, a los once meses que el Indio Gualac hubo descubierto el Cerro; y como el frío los apretaba en su rigor, se dieron tanta prisa que en breves días tuvieron donde acogerse, ayudándose de la actividad del fuego, pero a poder y valor de la plata, que como la codiciaban los hombres los tenía a raya, ofreciéndoles el rico cerro su preciosa materia para que formándose innumerables Armas Reales, guarnecidas de ellas se mantuviesen resistiendo el frío, el aire y a la nieve que entonces les hacía cruelísima guerra. Con esta seguridad continuaron la fundación, como se verá en el capítulo siguiente.

CAPITULO NOVENO

EN QUE SE PROSIGUE LA MATERIA DEL PASADO

POR el mes de enero del año de 1546, continuando los famosos españoles a la fundación, abriendo cimientos en el paraje donde después se edificó la iglesia de Santo Domingo, hallaron entre muchos huesos una desmesurada calavera que, medida con un cordel por la frente, tenía dos varas, siendo las muelas en el tamaño como las nueces de Chile, y los dientes como huevos de paloma, según cuentan Acosta, Méndez y Pasquier; halláronse otros pedazos de casco de admirable grandeza y canillas de dos varas y media, por donde se reconoció haber sido habitada esta parte de tierra de hombres agigantados, pues entre las ruinas de Cantumarca se hallaron otros huesos semejantes y una calavera engastada en oro fino con el cuello del mismo metal obrado a manera de una pirámide, que pesó todo ello 40 libras. Es tradición antigua, heredada de padres a hijos, que en las concavidades y cimientos de esta población y la que estaba al pie de la Cuesta cansada hallaron aquellos primeros pobladores grandísima cantidad de oro y plata.

Con mucho desabrimiento y tibieza siguen los Españoles la fundación de Potosí, porque juzgaban lo haría inhabitable el riguroso frío, aunque esto mismo los forzaba a que con toda brevedad se acabasen de edificar 94 casas, para las cuales se les

había señalado sitio en los parajes más secos al contorno de la Laguna o Atolladero de que, como queda dicho, la mayor parte del Campo estaba cubierto. Mas como cada día creciese el numeroso gentío, y se reconociese más riqueza en el cerro, les convino abrir corriente al agua, y medio enjunto el dilatado espacio lo cubrieron de tierra sobre el cual se formó la mejor parte de la Villa; por esta razón es muy húmeda por abajo, a lo que se agrega el tener más de 12.000 pozos. De éstos los que están a la parte septentrional, que son los barrios del Tío, son de agua dulce de que se mantienen todos aquellos vecinos; y es grande bien, porque aunque hay en la villa 230 pilas en plazas, calles y casas, están muy distantes de los dichos barrios.

De esta suerte formaron una gran población, aunque sin orden; pues, como dice Acosta, cada uno hizo su casa con tanta priesa que careciendo de la forma hubieron de quedar sin calles; y así, en espacio de diez y ocho meses, se hicieron más de 2.500 casas para más de 14.000 personas que entre Españoles e Indios había; muy adelante iba la fundación; que, como no se embarzaban ni en nivelar las calles, ni ahondar cimientos, ponían piedra sobre piedra y adobe sobre adobe con gran priesa, por cuya causa quedó muy mal formada la Villa y las calles tan angostas que se les podía dar nombres de callejones, cosa que aun hasta hoy padece este daño Potosí; aunque a los 28 años de su fundación, cuando por orden de señor Virrey Don Francisco de Toledo se dividió con la Ribera la Población de Indios, entonces por su mandato se ensancharon más las calles derribando para esto las casas que fueron necesarias. Cuando se formó la Ribera de Ingenios y se dividió la población de Indios a la parte de mediodía y al septentrión la de los Españoles, creció en tanta manera la población que llegó a tener dos leguas de rodeo, sin los arrabales de Guachacalla, Cumuri Rancho, Agua de Castilla, Cantumarca y otros Ranchos de Indios que estaban bien cerca de la gran población, en los cuales habitan hoy muchas gentes; asimismo, cuando se fabricó la ribera y se ensancharon las calles para que lo poblado quedase con más perfección, se dejaron, si no en todas, en las más de las esquinas, unas plazuelas proporcionadas, aunque con el tiempo se fueron ocupando con nuevos edificios.

Algunos vecinos tienen por mejor sitio el que les cupo a los Indios desde la falda del Cerro hasta la Ribera, por ser su terreno más seco y más fuerte, y como es más alto no tiene la humedad que el de los Españoles, y no por esto dejan de tener multitud de pozos, que los Indios llaman Pujios, de los cuales

HISTORIA DE LA VILLA IMPERIAL DE POTOSI

sacan el agua salubre para hacer su chicha, por ser a propósito; y así lo apetecen más que el agua de las Pilas. Esta población de Indios está sin forma; que a tener calles regulares, se extendería tanto que no cupiera en otra legua más, y viven en cada casa, que llaman Ranchería, veinte o treinta Indios en unos aposentos tan pequeños que solamente cabe una cama, un fogón y hasta ocho o diez cántaros de chicha que tienen el mejor lugar.

Aunque es el sitio de esta villa una ladera tendida, que corre de oriente a occidente, caminando de septentrión a mediodía parece una apacible llanada por haberlo terraplenado la industria humana; así se fué continuando la Población de esta villa hasta fundarse las sagradas religiones, Templos, Parroquias y Hospitales y todo lo demás que era necesario para el adorno de una república, hasta quedar en la perfección que diré adelante.

CAPITULO DÉCIMO

EN QUE SE REFIEREN LOS TRABAJOS DE POTOSÍ

A principios del mes de febrero del año de 1546, hallándose el Capitán D. Juan Villarroel opulento de riquezas, determinó enviar al Emperador Carlos 5^o la noticia de lo descubierto y juntamente 12.000 marcos de plata con un memorial en que, por ciertas oposiciones de los Capitanes Diego Centeno, Santandía y el maestro de campo Cotamito, pedía a S. M. la confirmación del título de Descubridor del Cerro, Fundador de la Villa y Armas para ella, cuya pretensión fué bien despachada y le confirió un hábito de S. Tiago y Escudo de Armas para la villa, que fueron en campo blanco el rico Cerro, a los lados las dos Columnas de Plus Ultra e Imperial Corona al Timbre. La Cédula fué dada en Ulma a 28 de enero de 1545. por la que también confirmó el título de Villa Imperial de Potosí, cuyas armas mantuvo Potosí hasta el año de 1565, en el cual por Cédula del Rey Phelipe 2^o, fechada en 10 de agosto, le concedió las que hoy goza, y son las reales de España en campo de plata, una Águila Imperial, en media de ella contrapuestos dos Castillos y dos Leones, debajo de éstos y donde hace medio el Cerro, las dos Columnas de Plus Ultra a los lados. Corona Imperial al timbre, y por orla el collar del toisón. Y. pues, tenemos vistos los

principios de su fundación, dejemos .continuarla y pasemos a referir las calamidades que padeció todo el Reino del Perú en espacio de cinco años, de que le cupo gran parte a esta Villa tan en ios principios de fundada, siendo éste el motivo de referirlas por no ser de esta Historia.

Para la buena inteligencia de este suceso es necesario tomar su principio algunos años atrás, para lo cual es de saber que el de 1542 hubo en el Consejo de Indias una rigurosa visita, y de cuatro oidores que había privaron los dos, y se hicieron las ordenanzas que causaron tantas alteraciones en este Peruano Reino, teatro en aquellos tiempos de varias tragedias. El Illmo. y Rmo. Señor don Bartolomé de las Casas, obispo de Chiapa, dio Memoriales al Emperador diciendo que los Indios eran maltratados de los Españoles, que les quitaban cruelísimamente las haciendas y las vidas y que los ponían en minas, pesquerías y otros intolerables trabajos, y las tierras se asolaban con (como) lo estaban ya varias Provincias; y con ser esto una verdad infalible, se le opuso el señor Juan Ximenes de Sepúlbeda, Coronista del Emperador y su Capellán, hombre grave y doctísimo; y el Emperador, por el celo santo que en todo tenía, favoreció la causa del Señor Obispo. No era ésta la primera vez que S. M. había oído estas quejas, pues el año de 1519, yendo caminando la vuelta de Barcelona a embarcarse para Italia, con fin de socorrer a la invasión que Solimán, Rey de Turcos, intentaba contra Hungría, y aunque el celo de la Cristiandad le llevaba para tal efecto, no descuidaba en lo que convenía al Gobierno de este nuevo Mundo, a donde se iba trabajando en la predicación de la fe, para lo cual y atajar abusos se había viado de varios remedios, no cesando el Emperador de tratar con los mayores Letrados del Mundo, así Teólogos como Juristas, sobre la conversión y libertad de los Indios, su buen tratamiento, forma de tributos y sobre todo lo demás para su conservación y para refrenar la licencia de los Soldados, que como los que ponderaban mucho lo que les había costado el allanar la tierra, todo les parecía lícito, oyendo siempre todas las razones que por una y otra parte se decía; y últimamente se hizo una junta en Barcelona a donde intervinieron personas gravísimas de los Consejos del Rey.

Decíase por la parte de los Conquistadores y Soldados que se había de tener consideración para premiarlos de los trabajos que habían padecido, cuales ninguna nación del Mundo sufrió por extender su religión y el Imperio de su Príncipe, haciendo tan largos viajes con tanta constancia de su ánimo y poco gas-

to de Real Hacienda; y que si el Rey los hubiera favorecido sin ocuparse en otras empresas, mucho más hubieran conquistado, sin perdonar a los cansancios, vigiliias, muertes y temores de ser tan apretados del hambre que se comiesen unos a otros, ni al calor ni frío, andando en vivas carnes sin las armas necesarias contra tanta multitud de hombres, y que siendo como eran estas gentes bárbaras, llenas de pecados de idolatría, sacrificios de hombres vivos, comida de carne humana y otras mil iniquidades, y que si los Castellanos no vivían entre ellos teniéndolos en sujeción para inclinarlos al santo Evangelio con buenos consejos, para que con su comunicación aprendiesen sus costumbres, enseñándoles su granjeria para que se aprovechasen de ellas, y ellos mismos no se sirviesen de hombres sino de bestias, de lo que resultaba el provecho que se ha visto en toda Europa, enriqueciendo a Italia, Francia y Alemania y otros Reinos, nunca serían de utilidad ni en ellos haría fruto alguno la Religión; y que no dándose los Indios en encomienda para que viviendo de esta manera entre ellos se hiciese el fruto que se ha dicho, los Castellanos no podrían sustentarse, porque con sueldo o entretenimiento del Rey ni de nadie se habían de mantener; y así era claro que habían de desamparar la tierra y perderse lo cultivado en la religión y en la policía, allende de que cuando bien los Castellanos se retirasen a pueblos de por sí para vivir de granjerias y labranzas, demás que de la misma manera podían vivir sus naturales, pues por la gracia de Dios no era estéril, ni desierta, ni digna de ser olvidada.

Algunos Religiosos, y no de los primeros que fueron testigos de lo que Castellanos padecieron, no ahondando el negocio, sino siguiendo su buen celo, considerando a los Indios desnudos de malicia en el ánimo, juzgando sus muestras interiores de humildad y servidumbre, no sabiendo que demás que eran capaces de cualquier maldad tenían coraje para emprenderla, decían que las razones de los Conquistadores más se encaminaban a robar y a oprimir los prójimos que a tenerles compasión, y que era temor de hombres que solamente tenían por fin su particular interés, posponiendo el servicio de Dios y del Rey; que era bien público que, aunque fuese posible que aunque el Rey perdiese su señorío real y los Indios jamás fuesen Cristianos, no era inconveniente que el Rey perdiese su Imperio y ellos dejasen de ser Cristianos si habían de padecer muertes y destrucciones, porque Dios tiene prohibido que no se hagan males para que vengan bienes; ni tiene dada licencia para ofrecer sacrificio, por grande que sea, con mezcla de cualquier pecado; y que

no era verdadero el Título de los Conquistadores de que se les encomiendas para salvar a los Indios.

Oídas las razones dichas por ambas partes, aunque las de la Junta confesaban el señorío del Rey caso que los Indios no (se) rebelasen, cosa de que no se aseguraban, y de que sus Rentas serían mayores, pues que llevando el Rey lo que se daba a los encomenderos era visto el provecho real mayor sin comparación, y que los Indios gustarían de ello, pues era cosa averiguada que en tiempo de su gentilidad pagaban doblado tributo a sus señores y les acudían cada hora con grandes servicios personales y tenían leyes rigurosísimas y casi imposibles como gente tiranizada: negaban que en ellos no se pudiese introducir la fe, dejándolos en libertad con sola la asistencia de los Religiosos, aunque fuese gente mudable y enemiga de cuidado y de trabajo y solicitada de demonio, y que lo que en un año se cultivaba, en una hora se perdía con tanto martirios de Religiosos; por lo cual pareció que los Indios que no resistían de mano armada por todo derecho y razón eran libres enteramente, y que no eran obligados a otro servicio personal más que las otras personas de los Reinos de España, y que solamente debían pagar los diezmos a Dios siendo Cristianos; si no, se les hiciese remisión de ellos por algunos tiempos, y a su Majestad el tributo que pareciese que justamente se les debía imponer conforme a su posibilidad y calidad de tierras: todo lo cual se debía remitir a los que gobernaban, y que los Indios no se encomendasen por vía de repartimiento, por los malos tratamientos que se les hacían, siendo hombres libres, de donde resultaba su consumación; y que hasta que fuesen más instruídos en la fe y tomasen nuestras costumbres y algún entendimiento, no les diese el Rey por vasallos a otras personas, perpetua ni temporalmente; porque se creía que era traerlos a la servidumbre y perdición, no haciéndose fundamento en las Ordenanzas, Prohibiciones y penas que se hiciesen en su favor, pues mostraba la experiencia que las que hasta entonces estaban hechas, aunque eran buenas, ninguna se había guardado.

Esta Resolución fué hecha en Barcelona, y aunque bien considerada no se pudo ejecutar porque los Conquistadores alegaban que el tratarse mal a los Indios y excediese de las ordenanzas fuese rigorosamente castigado, y que no por los pocos que excediesen habían de perder los que procedían bien, teniendo cuidado del enseñamiento y conservación de los Indios, tratándolos como a hijos y probando con manifiestas razones que se perdería la Religión, pues no podían ser instruídos en la fe ni ir

tomando nuestras costumbres y uso de vivir en policía sin la asistencia y comunicación de los Españoles, y que porque los Indios se diesen en encomienda no tenían más sujeción que los Vasallos de los Caballeros de Castilla, y que no embargante el celo que de su libertad mostraban los Religiosos, ni alcanzaban estas cosas ni tampoco dejaban algunos so color de Religión de hacer cosas dignas de reformatión.

Hasta aquí es el Coronista Real Antonio de Herrera; todo lo cual he referido para que se vea y note el católico celo del Emperador, que siempre tuvo de lo espiritual y temporal de los Indios, y la poca caridad y violencia de los Conquistadores que no miraban más que de su conveniencia, sin atender a las ordenanzas ni menos a las persuasiones de los religiosos; por lo cual se repetían nuevas quejas al Emperador, particularmente de este Peruano Reino, donde teniendo presente la insolencia de aquellos Conquistadores que hacían con los miserables naturales, el Ilustrísimo y Reverendísimo Señor don fray Bartolomé de las Casas, Obispo de Chiapa, dió aquellos memoriales al Emperador; y aunque tuvo varias oposiciones, S. M. por el santo celo de que se hallaba adornado mandó que ningún Indio se pudiese echar en las minas, ni a la pesquería de las perlas, que no les cargasen atos, ni chacaneos, salvo en las partes que no se pudiese excusar, y pagándoles su trabajo; que no sucediesen en las Rentas de Indios los hijos de los vecinos feudatarios, ni sus mujeres, sino que se les diese cierta cantidad de los frutos para sus alimentos, que se tasasen los tributos que se habían de dar a los Españoles, quitando del todo el servicio personal; que todos los Indios que vacasen por muerte de los que ahora los tenían, los pusiesen en la Corona Real; que quitasen las encomiendas y repartimientos de Indios que tenían los Obispos, Monasterios y Hospitales y otros oficiales del Reino, y particularmente en este del Perú se quitasen a todos los que hubiesen sido parte y culpados en las pasiones entre don Francisco Pizarro y don D

en cabeza de S. M. Esta ordenanza se llevó muy mal, y la ejecución de ellas levantó las gentes de este Peruano Reino, ocasionando grandes guerras, derramamiento de tanta inocente sangre, crueles tiranías, destrucción de ciudades y otras calamidades, como se verán en los capítulos siguientes.